

Viñuela, Cristina ; Bertolini, Alejandro

*Victoria Ocampo, Thomas Merton: diálogos y
búsqueda de Dios entre el Norte y Sur de
América*

V Jornadas Diálogos: Literatura, Estética y Teología, 2013
Facultad de Filosofía y Letras - UCA

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Viñuela, Cristina, Alejandro Bertolini. "Victoria Ocampo, Thomas Merton : diálogos y búsqueda de Dios entre el Norte y Sur de América" [en línea]. Jornadas Diálogos : Literatura, Estética y Teología. La libertad del Espíritu, V, 17-19 septiembre 2013. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/victoria-ocampo-merton-dialogos.pdf> [Fecha de consulta:]

Victoria Ocampo – Thomas Merton
Diálogos y búsqueda de Dios
entre el Norte y Sur de América

Dra. Cristina Viñuela
Pbro. Dr. Alejandro Bertolini

Editorial Sur recientemente ha publicado el epistolario que se conserva entre Thomas Merton y Victoria Ocampo bajo el título *Fragmentos de un regalo*. El título responde a la forma en que Francisco R. de Pascual, monje cisterciense de la Abadía de Viaceli (España) y prologuista del libro, recibe el texto con la invitación de presentarlo. Considera esta experiencia lectiva un auténtico acontecimiento de gracia. Se apropia la expresión de Merton respecto de las cartas de Ocampo al llamarlas un “regalo de Dios”. En sus manos tiene fragmentos de este regalo, ya que el epistolario está incompleto, seguramente por voluntad de los propios autores al no conservar cartas de mayor confidencialidad.

La correspondencia entre Merton y Ocampo comienza por iniciativa del trapense, al entrar en conocimiento de la existencia de la revista Sur de la que se declara admirador y a la que expresa todo su apoyo. En esta carta inicial, fechada el 21 de julio de 1958, se ofrece como colaborador. Antes de esto, entre 1950 y 1957, Sur había publicado tres reseñas sobre distintas obras de Merton. Ocampo estaba familiarizada con la figura intelectual y religiosa del monje de Gethsemaní. Si bien las cartas de este epistolario refieren el momento cultural y un rico intercambio de ideas sobre destacados escritores, pronto se concentran en un núcleo temático de contenido espiritual sorprendente.

Ambos intelectuales cultivaron el género epistolar construyendo puentes culturales. Ocampo privilegió este tipo de escritura a lo largo de los años. Afirma: “Comunicarse por escrito una persona con otra. Atenderse y amarse recíprocamente: esta es la definición del diccionario de la Real Academia de la palabra *corresponder*. Ese es el doble sentido que la palabra ha tenido siempre para mí. Cartearse eso o no es nada”. En este atenderse y amarse, en este *correspondere*, Ocampo experimentada una expansión de su intimidad. Fenómeno siempre diferente ante destinatarios distintos. Cada interlocutor, en la serena y pausada escritura epistolar, hacía emerger aspectos inéditos de la propia personalidad:

“Hay cosas de las que podemos hablar con ciertos y determinados amigos, otras con otros. De modo que la correspondencia con una sola persona revela un aspecto de nosotros, pero uno solo. Si nos entendemos en más de un terreno con tal o cual persona, si hay afinidades de temperamentos y de gustos a la vez, será más completa la ‘*muestra*’ de nuestra personalidad que aparece en la correspondencia. Pero nada más. (...) Conservo una considerable cantidad de cartas (...) Son puntos de apoyo para estas Memorias o ‘*Documento*. (...) y pertenecen a otras avenidas de mi ser”.

La propuesta en esta exposición es recorrer los principales núcleos temáticos de la

avenida mertoniana. Avenidad de doble circulación, en las que ambos escritores transitan con confianza y profundidad. Se podrán apreciar las afinidades entre dos seres muy diferentes. Como señala Francisco Pascual en su prólogo: “ambos conocieron una vida difícil, de amores y desamores, de idas y venidas en busca del propio yo. No podía haber nada más opuesto, si cayésemos en la tentación de compararlos”. Distintos pero no distantes, antes bien coincidentes en sus inquietudes y búsquedas.

Una salvedad se impone. El epistolario, que abarca diez años, conserva diecisiete cartas de Merton y sólo siete de Ocampo. Las de Victoria Ocampo corresponden a los últimos tres años (1965-1968). En las respuestas de Merton el lector fácilmente imagina el tema planteado por Ocampo. Supliremos este vacío silente sirviéndonos de la *Autobiografía* y los *Testimonios* de Ocampo. De esta forma recompondremos de forma plausible el diálogo entre ambos escritores.

a. El centro del alma

El primer núcleo temático gira en torno a lo que titulamos el *centro del alma*. En una carta Merton anima a Ocampo a bucear dentro de sí misma, sin buscar en *Sur* aquello que tanto anhela. Así pues, el monje declara:

“Cuán necesario es saber que tenemos lo que buscamos. Como esa gente que recorre toda la casa buscando los anteojos... que tiene arriba de la nariz. *Sea usted misma: no le sugiero ser más diligente, caritativa, paciente, etc. etc. etc.* Es más sabio “querer” menos cosas con la voluntad y por consiguiente, dejarse llevar al paso profundo y calmo de la vida y de la gracia. En esas profundidades, es realmente Usted. Quien la guía. Es el Usted real, no la *public figure*, es el Usted real ante Dios que es un poquito más pobre, más desamparado que el otro que Ud cree preferir. Y sin embargo... cuanto más verdadero, bello y grande es ese Usted, escondido al que le debe *Sur* y todo lo bueno que ha hecho. Todas sus amistades, las más profundas y verdaderas. Es ese Usted interior y simple el que me escribe esa carta sabia y objetiva (y objetiva porque es verdaderamente subjetiva)”.

Este consejo ahonda una antigua y constante búsqueda en Ocampo. En el ensayo más extenso sobre la figura de Thomas Edward Lawrence, un autorretrato en el retrato, ella dice:

“El centro nos sigue, nos persigue, sea cual fuere la dirección de nuestros pasos. No podemos evadirnos. El centro está siempre donde estamos, tan mezclados a nosotros, cayendo a plomo sobre nuestras cabezas, que desaparece fuera de nosotros, como nuestra sombra al mediodía. Nosotros mismos somos el centro (...) Nuestro ir y venir se siente anulado, porque el centro se desplaza con nosotros y el horizonte permanece, por consiguiente, a la misma distancia. Nos circunda y se ofrece a nosotros para desesperarnos con su lejanía. Sin embargo, marchamos siempre hacia él, sabiéndolo fuera de nuestro alcance, (...) Condenados a ese centro, en nosotros, que nos inmoviliza sin matar nuestro ímpetu, ímpetu que ninguna valla visible de montaña desalienta (...) nosotros siempre en el centro, libres de recorrer a nuestro antojo esa extensión con su marea creciente de soledad.

Libres. Pero ¿libres para qué?”.

El texto refleja una vívida experiencia de esa sustancia íntima, el yo, que se percibe como autónomo y que necesita encontrar el sentido de la libertad. Es que en definitiva, para Merton, todo se juega en la interioridad:

“He aquí la clave: si Usted sufre por la paradoja de estar al margen de la religión ortodoxa y al mismo tiempo estar apasionada por la religión, es que entonces Usted busca verdaderamente una “comunidad” una comunión. Busca el verdadero diálogo de los corazones que están en la verdad: busca la luz que no se extingue jamás, pero que brilla acá abajo en las tinieblas y en el sufrimiento. Lo que puede liberarnos es Cristo: encontrar la Verdad supone la fidelidad más heroica a todos sus reflejos en nosotros mismos, comenzando por aquellos que nos muestran nuestra propia miseria y la de los demás. ...Usted buscó con mucha lealtad la verdad en la literatura, en la política... pero la encontrará con más densidad en lo profundo de usted misma. Es en el medio mismo de los problemas que encontrará a Dios y a Cristo. Porque él está con usted. Tómese un poco más de tiempo para ser Usted misma y encontrará sigilosamente, oscuramente, a Cristo”.

Con el arte y la calidez que solo puede darse en el encuentro íntimo, Merton echa mano de las intuiciones contemplativas más consoladoras: “Dios está con Ud. Entre en sí misma para encontrarlo”, reflatando aquel *intimior intimo meo* agustiniano. Pero lo más interesante estriba en el modo en que se refiere a esta introspección: la fidelidad más heroica a los reflejos de la verdad en uno mismo. Se anticipa así el corte antropológico y personalizante de toda su espiritualidad.

b. La santidad

El segundo núcleo versa sobre la santidad. El espíritu religioso de Victoria Ocampo interpela esta realidad como un anhelo lleno de nostalgia al mismo tiempo que sabe detectarlo en otros. En la carta del 9 de diciembre de 1967 escribe a Merton confiándole una noticia que la llena de tristeza: el fallecimiento de una de sus hermanas. “Esta muerte imprevista (misericordiosa para ella) ha sido cruel para nosotros, para mis hermanas. En lo que a mí respecta, era un refugio. Sin tener el aspecto de una santa, estaba cerca de la santidad, si la santidad significa un olvido jubiloso de sí mismo”. Esta definición es motivo de celebración y alabanzas por parte del monje literato.

Por su parte, Merton no habla explícitamente de santidad en las cartas, aunque resulte inevitable sospechar la alusión permanente a esta realidad, aunque sea a través de alusiones indirectas. En *Amar y vivir*, el testamento espiritual de Merton, encontramos una sugerente clave que explica tal coincidencia:

Así el fruto de la educación tanto para la universidad (Eckart) como para el monasterio (Ruysbroeck) fue la activación de aquel centro más interno, la *scintilla animae*, el “ápice”, el “chispazo” que es una libertad más allá de toda libertad, una identidad más allá de toda esencia, un yo más allá de todo ego, un ser más allá del reino de lo creado y una consciencia que trasciende toda división, toda separación. Activar ese chispazo no es estar como Plotino, a solas con el

“Solitario”, sino reconocer al Solitario que está por sí mismo en todas las cosas, porque no hay nada que pueda ser aparte de El y tampoco nada que pueda ser con Él, y nada que pueda llegar a realizarlo. Sólo puede realizarse a sí mismo. Esa “chispa” que es mi propio yo, es el destello del Absoluto al reconocerse a sí mismo en mí. Esta realización en el ápice es una coincidencia de todos los opuestos (como diría Nicolás de Cusa), una fusión de libertad y no libertad, de su ser y no ser, de vida y de muerte, del yo y del no yo, del hombre y Dios. La “chispa” no es tanto una entidad estable que uno encuentra, sino más bien un acontecimiento, una explosión que se produce cuando todos los opuestos chocan dentro de uno mismo. Entonces se ve que el ego no es nada”.

Surge entonces la asociación obvia: “Para mí, ser santo significa ser yo mismo. De aquí que el problema de la santidad y de la salvación sea en realidad el problema de averiguar quién soy y de descubrir mi verdadero ser”. Santidad y verdad profunda del centro del alma son equivalentes.

c. La libertad

El tema de la libertad ocupa el tercer núcleo. En Victoria Ocampo, un espíritu libre y luchador, esta realidad no pocas veces aparece relacionado a lo religioso:

“Dios de Tagore ¿Me oyes? Dios que no quieres ponerme a cubierto de nada y que no temes el olvido en que te dejo, ¡cómo me conoces! ¡Dios oculto, que sabes que siempre te buscaré! ¡Dios que sabes que hacia ti sólo vamos por los caminos de la libertad! ¡Dios que me entiendes y a quien yo no entiendo! (...) Si no es mi destino encontrarte en esta vida (Dios de Tagore, es a ti a quien hablo), sienta yo siempre, al menos, que me ha faltado verte. No me dejes olvidarlo un solo instante; no quites de mis sueños las punzadas de esta pena, ni de mis horas despiertas...”.

Cómo hemos visto antes, libertad y santidad para Merton son magnitudes abiertamente intercambiables. El santo es el hombre más libre, la libertad en su grado máximo es santidad. Su humanismo sagrado entrelaza de una forma magistral humanización y divinización, de forma tal que ambas juntas y nunca separadas radicalicen el único posible camino de personalización que es Dios en el hombre, y el hombre en Dios. Así y todo, no queda siempre clara la dimensión horizontal de esta santidad. En el mismo *Amar y vivir*, cuyo texto tiene un valor sintético de la doctrina mertoniana, leemos:

“No se deben olvidar las dimensiones de nuestras relaciones con los demás. La verdadera libertad es apertura, disponibilidad, capacidad de entrega. *Y también debemos recordar que la fidelidad dialéctica, la capacidad de convertir la fidelidad a los otros en fidelidad hacia uno mismo*, requiere de nosotros que desarremos el velo de infidelidades que, como egoístas individuales o como comunidad egoísta, hemos levantado para impedirnos a nosotros mismos vivir en la verdad”.

La libertad es el rasgo que más admira Merton de Victoria. De hecho, en el

homenaje que se le hace en la revista Sur él dice, entre otros halagos,

“Victoria es un símbolo del juicio brillante y bien articulado de una persona libre y culta. Para mí simboliza América en el ancho y hemisférico sentido, en el único en el cual me siento orgulloso de contarme entre los americanos. Me honra y encanta unirme a aquellos que, proclamando su admiración y cariño por ella, de ese modo están adhiriendo quizás a una de las últimas oportunidades brindadas a los hombres para declararse a sí mismos civilizados”.

No tenemos una semblanza de Thomas escrita por Victoria, pero sin duda lo habrá cautivado su frescura y espontaneidad, su “desparpajo” fruto del encuentro con el que Libera. Claramente, la figura de Merton sobresalía en el universo monacal del los años 50.

d. La gracia:

Finalmente, el tema de la gracia constituye otro aspecto abordado entre ambos escritores. En una carta no enviada a Gabriela Mistral, Victoria Ocampo dice:

“...se vive con dificultad, sea donde fuere, y se vive mal sin Cristo. Bienaventurados los que tienen el corazón puro... y lo ven siempre, a pesar de cualquier vidrio esmerilado. (Yo suelo tener el corazón puro, un instante, cada siete años. Se lo digo a Gabriela. Gabriela me dice que el comprender lo que era la Gracia le ha cambiado el color de su vida. Mientras uno no la comprende, uno se aferra terriblemente, desesperadamente a la justicia... y el corazón se ensangrienta. Yo me confieso que estoy todavía aferrada a la justicia”.

Una forma de la gracia es tener fe. Victoria era consciente de esto y la deseaba de verdad. En la carta del 27 de junio de 1968, nuevamente Victoria le confía una tragedia familiar: el suicidio de su sobrina Angélica Bengolea Ocampo, hija de su hermana Rosa: “Usted es feliz de vivir en la fe”; “Quisiera tener su fe y saber rezar. El resto no vale nada. Y no es que lo sepa recién hoy”.

Pero quizás sea en la concepción de gracia que tiene Merton donde encontremos la razón más profunda de esta verdadera sintonía de “Amicitia” (verdadera definición de religión según la carta del 14 de noviembre de 1958). En un mea culpa corporativo propio de su estilo, Thomas declara:

“Nosotros los sacerdotes sabemos demasiado bien que la gracia tiene necesidad de la naturaleza para hacer su trabajo de divinización, pero olvidamos a la naturaleza misma, e intentamos a menudo edificar algo con una especie de gracia abstracta que termina siendo ficticia. La gracia se encuentra dentro de la naturaleza cuando podemos ver en ella a Dios, no solamente Creador sino también Redentor. La acción redentora, terapéutica de Dios en todas las cosas y a través de todo, incluyendo allí el mal y el pecado. Es un misterio increíble, una maravilla que no termina nunca”.

Ninguna separación ominosa, ninguna distancia entre Dios y el hombre que no sea la que el mismo hombre pone entre su conciencia y el centro de su alma. Una mirada en consonancia con las teologías más vanguardistas de su época (Rahner, Teilhard de

Chardin), y hasta osada: la gracia no sólo creadora sino redentora habita en el mismo corazón de la naturaleza. Solo así puede abordar el diálogo interreligioso en la manera en que lo hace, y en este caso el diálogo con la cultura como ejercicio de este humanismo sagrado del que hablábamos antes.

Es que en definitiva, lo que prima en él es la experiencia de un Dios que excede el alcance de lo humano. Pero esta excedencia no es indiferencia sino sobreabundancia del don, solícita inclinación y presencia gratuita:

“Pero en resumen, la psicología no basta. Hay una cierta “gracia” misteriosa de la que hablan los teólogos sin saber de qué están hablando y sobre la cual predicán los clérigos de modo tal de hacérsela sospechosa u odiosa. Existe siempre esta gracia de Dios que solo basta buscar y pedir desde lo más profundo del corazón. Con frecuencia, nos es otorgada sin que la pidamos, sin que sepamos nada de ella.

Conclusión:

Hemos recorrido algunos breves tramos de las avenidas mertonianas de Ocampo, y las ocampianas en Merton. La recíproca iluminación del misterio personal que logró el diálogo entre dos espíritus libres nos permitió participar de esta dimensión integral de la verdad que habita en quienes la buscan. Al punto de poder hablar del diálogo epistolar como un posible lugar teológico. Una fuente para una teología teologal, no académica, pero ciertamente enraizada en ese núcleo de donde todo brota, donde bulle el magma de la experiencia aguda y transformante del Misterio.

En su segunda carta a Victoria, Thomas dice sin ambages:

“¿cómo agradecerle la simplicidad y la confianza con las cuales me dice tan francamente lo que piensa? No hay nada en el mundo tan importante como el diálogo realmente vivo entre los seres vivos – los hijos de Dios- como lo somos nosotros, porque su diálogo no puede existir sin las intervenciones de Dios mismo. ¡Qué misterio maravilloso el lenguaje humano, en el que se manifiesta la Palabra de Dios!”.

Unas líneas después, lamentándose de la distancia que ponen con el mundo de los sacerdotes de humanidad pobre y complicada, poco trabajada dice: “no se tiene en cuenta el hecho de que Dios nos e separa nunca de los hombres, porque Dios y el Hombre son uno en Cristo. Lo que importa en un sacerdote , hombre de Dios, es su humanidad, porque en ella se prolonga el misterio de la Encarnación”. La encarnación como cercanía irrevocable de Dios, cercanía dialogante que se prolonga en la misma humanidad de sus hijos.

Es por esta razón que un ermitaño desde el interior de USA es capaz de decir, con total soltura: “Estoy con usted en el fondo, en la soledad del Alma. Donde todos se reencuentran en Cristo”. Tal es la comunión que brota del diálogo auténtico: una unión que sólo se logra habitando las profundidades en las que libertad y presencia de Dios son una misma cosa. El espacio propio de la superación de cualquier dialéctica falsa entre la

cultura y la fe, la iglesia y el mundo, el norte y el sur, lo exterior y lo interior, el hombre y Dios. Porque en Cristo, la Palabra de hizo diálogo y habitó en nosotros.

Así como con total libertad la decana de la cultura argentina mostraba su vena religiosa en estos términos: “Quisiera tener su fe y saber rezar. El resto no vale nada. Y no es que lo sepa recién hoy”, así también uno de los autores espirituales más influyentes del siglo XX deja constancia de su escala de valores:

“Esto es lo único, Victoria, que vale la pena: hablar del yo profundo que está unido a Dios en cada uno de nosotros, y que en consecuencia, acaba por ser “uno” en todos: esta naturaleza humana que quiere ser persona, y lo que es: que quiere ser divina y puede serlo en el Espíritu Santo, que quiere crear un mundo nuevo. Este es nuestro destino”.

Buenos Aires,
17 de septiembre de 2013.